

Mi contacto con la mar y la pesca se inicia en los albores de la pubertad, cuando los sábados y domingos íbamos con mi padre a pescar con caña allá por los años sesenta y cinco del siglo pasado.

Para mi nada era más gratificante que preparar las cañas, anzuelos y demás útiles de pesca y escoger un punto a donde dirigirnos. Una vez en el lugar escogido, montar cañas, mosquetones, anzuelos, plomos, después... lanzar y esperar a que piquen. Dicen que la caña es aburrida pero os aseguro que si vais con dos o tres cañas, trabajo no falta. Oír el tintineo del cascabel puesto en la punta de la caña, ver como se balancea hacia abajo, ir rápido al carrete, tirar y recuperar, sentir en la mano el peso de lo que estás cobrando es una sensación difícil de describir. Y si es en una noche de verano la cita es mucho más gratificante e intensa.

Hemos recorrido la Costa Catalana desde Llança hasta las Casas de Alcanar, tanto en espigones como en puertos, calas, playas, etc. y llegó un momento en que después de pasar muchas horas esperando regresabas a casa de vacío, así que decidimos mi querida compañera, que siempre me ha acompañado en todas mis aficiones, y yo comprarnos un barquita para ir a pescar. La decisión fué acertada, hemos seguido saliendo a pescar, antes que el sol, después de la puesta y las sensaciones son más positivas, evidentemente pues estar en medio del mar con la barca parada, saboreando la calma de la brisa y el suave oleaje, lanzando y esperando a que piquen todavía es más gratificante.

La afición a la pesca también nos llevó a pensar que nos habíamos equivocado en nuestra primera elección ya que nuestra primera embarcación fué una motora, así pues después de dos años, decidimos que debíamos buscar otro tipo de embarcación y nos pasamos a la Pesca-Paseo, `por tanto a mis cincuenta y tres años ya me veis sacándome el PER. Y que os puedo decir, la sensación de libertad que se siente navegando, de estar fuera de este mundo de trabajo, stress, etc. en cuanto llega el final de semana, se olvida todo, las horas en el mar se hacen cortas, excepto en algunas ocasiones en que te encuentras con algo que no esperas, como un día con un temporal que se levantó con un viento de fuerza 7 e íbamos tres parejas y entre ellos un amigo con mucha experiencia y el fue el que nos sacó del apuro, tuvimos que arriar velas y hacer el trayecto que quedaba a motor. En ningún momento nadie se puso nervioso y felizmente al cabo de una hora llegábamos a puerto. Fue una experiencia que no conocíamos pero desde luego no pienso perderle el respeto a la mar.

Ahora con el Velero, si por fin nos hemos lanzado al súmmum de la navegación la vela, costeamos, hacemos recaladas, pescamos, descansamos y todo lo que conlleva este tipo de embarcación con posibilidades de disfrutar todavía más de nuestra gran pasión EL MAR.

Víctor Pocino Cristóbal (Barcelona)